



## VII.

### EXPEDICIONES Á ULTRAMAR.

1593.—1596.

Cruceros ingleses en las Azores.—Argelinos en Fuerteventura.—Entra en el mar del Sur Ricardo Hawkins.—Le combate y rinde D. Beltrán de Castro.—Incidentes de su prisión.—Más rebusca en las Terceras.—Encuentros.—La ilusión del Dorado.—Persíguela Walter Raleigh.—Incendia á Santiago de Caracas.—Escribe un libro fantástico.—Consecuencias.—Expedición de Drake.—Es derrotado en Canarias, en Puerto Rico y en el istmo de Panamá.—Muere de pesadumbre después de su compañero Juan Hawkins.—Desastre de su Armada.—Persíguela D. Bernardino de Avellaneda.

**L**A del Norte es ciertamente fortuna de neblies y lance de gerifaltes; es fecunda aquella región de aves de rapiña», según parecer del P. Fr. José Torrubia, emitido al considerar los armamentos hechos en Inglaterra, no con fines de hostilidad, que naturales habían de considerarse una vez declarada la guerra, sino con el de enriquecerse los particulares, prosiguiendo las asechanzas á los lingotes de la plata de Indias, que en guerra ó en paz consideraban lícitas, ya que solían serles provechosas <sup>1</sup>. No siempre les favorecía la dicha, sin embargo, como se vió en las empresas del año 1593, por varios lugares intentadas.

El incansable Conde de Cumberland dirigió en persona la sexta de las suyas á las islas Azores, llevando doce naves

<sup>1</sup> *Chronica de la Seraphica religion.* Novena parte. Roma, 1756.



que cruzaron infructuosamente, y por no volverse á Inglaterra con todas de vacío, despachó á las Antillas tres, no más afortunadas; tomaron algunas embarcaciones de la pesca de perlas en la Margarita; bloquearon á Santo Domingo sin intentar el desembarco; entretuvieron el año, acabando por perder en naufragio una de las mayores, armada con 31 piezas de artillería de que los isleños se apoderaron en gran parte <sup>1</sup>.

Con mayor fracaso tropezó otro, de instinto y educación corsario, que queriendo imitar á Drake y á Cavendish en viaje de circunnavegación, proporcionó á nuestros poetas asunto para hablar de la mar complacientes <sup>2</sup>.

Ricardo Hawkins, hijo del vencido por Luján en Veracruz, y adiestrado en sus campañas, aprestó en Plymouth tres naves, de 250 á 300 toneladas la mayor y capitana *Dainty*, armada con 20 piezas de artillería, de 100 la almiranta con ocho cañones, y de 60 un patache nombrado *fantasia*, llevando entre todos 200 hombres. Dió la vela el 22 de Junio con rumbo á Canarias, experimentando malos tiempos que no le consintieron arrimarse á las islas, y fué suerte de éstas, castigadas el mismo año 1593 por el arráez argelino Xavan que pilló en Fuerteventura, quemando y destruyendo cuanto quiso después de derrotar á un cuerpo de 200 hombres enviado desde la Gran Canaria <sup>3</sup>.

Hawkins luchó cuatro meses con las contrariedades en las

<sup>1</sup> Mr. Barrow refiere haber batido dos de ellas á siete españolas en la costa de Honduras, con el resultado de incendiar á seis y llevarse á la restante. De tal acción no hay constancia en nuestros documentos, siendo de pensar que no ocurriera, ó que contaron como enemigos vencidos á los negros pescadores. Del bloqueo de Santo Domingo y naufragio dió cuenta al Rey Lope de Vega Portocarrero con fecha 30 de Enero de 1594. Hállase la carta en la *Colección Navarrete*, t. 25, núm. 63.

<sup>2</sup> Lope de Vega dedicó á esta expedición los cantos II, III y IV de su poema *Dragontca*, sin apartarse de la verdad histórica; Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, la narró con alguna fantasía en el canto X de la *Vida de Santa Rosa de Lima*, impresa en Madrid en 1711, y en Méjico en 1729, y con la amplitud que consentía la consulta de documentos oficiales, el Dr. Suárez de Figueroa en los *Hechos del Marqués de Cañete*. Madrid, 1613.

<sup>3</sup> Galindo y de Vera.



islas de Cabo Verde y costa de Guinea, antes de llegar á la del Brasil, con la mayor parte de su gente atacada de escorbuto. Faltábanle brazos con que reemplazar los de los muertos, por lo que se deshizo de la almiranta' después de transbordar los pertrechos, y se encaminó hacia el Magallanes con las otras dos naves. La *Fantasia* le abandonó antes de llegar al estrecho, desapareciendo. Con la *Dainty* sola embocó, resistiendo á las borrascas, perdiendo anclas y cables, estando á punto de perécer entre las peñas; mas saliendo por fin al mar del Sur, se apareció de sorpresa en el puerto de Valparaíso, donde se hallaban surtas cinco naves costeras con bastimentos. Cuatro puso á rescate, por empezar el botín con cosa de veinticinco mil ducados sacados al pueblo, desacierto que pagó caro, porque una de aquellas naves, mandada por Juan Martínez de Leyva, con rapidísimo viaje de quince días, llevó nueva de la presencia del enemigo al Virrey del Perú, adelantándosele. La quinta retuvo Hawkins llevándola consigo, así como al piloto Alonso Pérez Bueno.

El Perú contaba por entonces con cuatro galeones de Su Majestad, bastante descuidados y de no buenas condiciones, y con dos galeras desarmadas y sin remeros; pero había en el Callao cien soldados de presidio y no faltaban armas.

Desde que D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se encargó del virreinato, se había aplicado á ordenar la hacienda y la milicia; de modo que, sabida la noticia de Valparaíso, despachando en el acto pataches que la circularan por la costa hasta Panamá, con orden de apercibirse en todas partes, mandó levantar compañías y aprestar los galeones, lo que se hizo en término de ocho días, con actividad sin ejemplo anterior.

Fueron tres los navíos: capitana y almiranta, armadas con 60 piezas entre las dos, y galeón *San Juan* con 14; se tripularon con 300 hombres puestos á las órdenes de D. Beltrán de Castro y de la Cueva, hijo del Conde de Lemos, cuñado del Virrey, que había militado en Milán como general. Puestos á la vela cruzaron á la espera del inglés, que había remontado sin atreverse á desembarcar en ningún surgidero vista la dis-



posición en que todos estaban. Ni en los navíos pudo hacer presa, salvo alguna barca de pescadores ó de caboteros, hasta llegar á la altura de Chircha, donde descubrió á la armada de D. Beltrán en su demanda. Reconocida la fuerza, barloventeó, saliendo fácilmente de su alcance con ayuda del viento frescachón reinante y la escasa práctica marinera de los persecutores: en breve espacio rompieron palos, vergas ó velas los tres galeones, viéndose en la necesidad de volver al puerto del Callao, mientras Hawkins, burlándose de la aventura, continuaba su rumbo.

Recibieron en Lima á los derrotados por el temporal con grita y vayas, en que se significaron principalmente las mujeres con la vehemencia á que suele conducir las cualquiera impresión; mas sirvió el contratiempo para que luciera la previsión del Virrey, por haber alistado después de la marcha de los galeones una galizabra, bajel pequeño, pero fuerte y ligero, y un bergantín á propósito para reconocer calas y bajos fondos. Aprovechados estos elementos, relegada la capitana de D. Beltrán y cambiadas las vergas de la almiranta, con ésta, la galizabra y el bergantín se hizo á la mar de nuevo al tercer día, llevando por almirante á Lorenzo de Heredia, y á Miguel Filipón por piloto mayor.

Iban con precaución mirando en las calas y recodos con recelo de que en alguno de éstos se les escondiera, y en la tarde del 1.º de Julio descubrieron la bahía de Atacames, en el reino de Quito, donde Hawkins se encontraba al ancla en compañía de una lancha capturada. Creyendo fueran de mercantes las dos velas avistándolas de lejos, destacó esta lancha armada, que no tardó en retroceder, avisándole del peligro.

Picó entonces el cable, tratando de ponerse á barlovento con todas sus velas, sin conseguirlo; la nave de D. Beltrán le disparó andanada, segundando la galizabra con acierto de echarle abajo la vela de mesana. Heredia fué entonces resueltamente al abordaje, sucediéndole mal por llevarle una bala el palo mayor y 14 hombres, quedando apartado, mientras con furia se cañoneaban su General y Hawkins en lo que duró el día.



En la obscuridad atendieron á los heridos y remediaron las averías, cuidando mucho de que el inglés no se escurriera con los cambios de dirección y velamen que ensayaba. Renovaron al amanecer la pelea, padeciendo la nao de Castro de los certeros tiros con que los enemigos le partieron el espolón y el bauprés, hasta ponerse bordo á bordo ejercitando los mosquetes y armas blancas. Entonces futé muy obstinada la refriega, defendiendo los ingleses palmo á palmo la cubierta y atrincherándose en la cámara de popa por último recurso.

Escribió Hawkins que, estando malamente herido, el barco destrozado y sin esperanza de remedio, se rindió á condición de que serían respetadas las vidas por los vencedores, y que D. Beltrán de Castro, caballero de noble condición, lo otorgó, dándole en prenda un guante. Varios escritores del tiempo lo confirman <sup>1</sup>, ocupándose de esta brillante acción militar en que se mostraron los contendientes dignos unos de otros.

Eran los ingleses superiores en el manejo de su nave como artilleros y marineros ejercitados; tenían los españoles en su favor el número, rebajado por la inexperiencia del mar y por la falta de cohesión, embarcados, como fueron, la víspera, vieniendo cada cual de su casa. Tuvieron aquéllos 27 muertos, 17 heridos y 93 prisioneros; de nuestra parte 28 de los primeros y 22 heridos ó chamuscados con las alcancías y harpones

<sup>1</sup> Los ya citados Suárez de Figueroa y Oviedo y Herrera, conde de la Granja. Antonio de Herrera, *Tercera parte de la historia general del mundo*, que relató con extensión lo ocurrido en la navegación y combate. De éste se publicó en Lima una *Relación de lo sucedido desde el día 17 de Mayo de 1594, que el Marqués de Cañete tuvo aviso de haber embocado por el estrecho y entrado por esta mar del Sur Richarte Aquines, etc.* En la *Colección Navarrete*, t. xxvi, núm. 36, se guarda manuscrita *Confesión del general inglés Richarte Aquines, que le fué tomada en 10 de Julio de 1594, de la navegación que hizo.* En la de Jesuitas de la Academia de la Historia, manuscrito igualmente, *Traslado de una carta de Richardo Haughines, escripta en el puerto de Perico en 6 de Agosto de 1594, para enviar á su padre Jhoa Hauquines á Londres; Traducida de lengua inglesa en la nuestra è inviada del dicho puerto al Cardenal de Sevilla, D. Rodrigo de Castro.* La publicó con notas aclaratorias D. Marcos Jiménez de la Espada y por sus noticias, Peralta, en *Lima fundada*, expone que, habiendo sentenciado á muerte la Audiencia á Hawkins, apeló al Consejo Supremo, que hizo buena la palabra de D. Beltrán y envió al prisionero libre á Inglaterra.





de fuego que arrojaron. El buque *Dainty* estaba destrozado, inútiles los palos, bombas, obras muertas y con 14 balazos bajo la línea de flotación. En Panamá, adonde le llevaron, hubo que darle lado, ponerle árboles nuevos, carenarlo de firme, con todo lo cual se conservó, prestando largos servicios en la Armada con nombre de *La Inglesa*<sup>1</sup>. por ser bajel fuerte adornado con gusto, teniendo en la popa esculpida una negra con guarnición dorada<sup>2</sup>.

Los prisioneros dieron origen á cuestiones complicadas y enojosas por la ingerencia de la Inquisición y su empeño en juzgarlos, alegando jurisdicción y debatiendo si debía ó no respetarse palabra dada en la guerra, y por la enteréza con que D. Beltrán de la Cueva mantuvo el cumplimiento de la suya acudiendo al Rey, poco deseoso de inclinarse á uno ú otro lado<sup>3</sup>. Casi todos se destinaron á las galeras de Cartagena, dejando 13, por manera de transacción, entregados al Santo Oficio de Lima. Ricardo Hawkins tuvo alojamiento en casa de D. Beltrán de Castro, que le hizo curar y asistir con esmero, recibiendo en la ciudad las marcas de simpatía merecida por su juventud, valor y comportamiento<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> El P. Rosales: *Historia de Chile*, t. 1, pág. 49.

<sup>2</sup> Sin duda por las armas que adoptó John Hawkins al ser armado caballero por la reina Isabel.

<sup>3</sup> Real cédula dada en Madrid á 17 de Diciembre de 1595, publicada por Suárez de Figueroa, pág. 220.

<sup>4</sup> Pedro de Oña, en el canto XVIII de su poema *Arauco domado*, escribía entonces:

«Richarte el pirata se decía,  
Y Aquines por blasón, de clara gente.  
Mozo gallardo, próspero, valiente,  
De proceder hidalgo en cuanto hacfa,  
Y acá, según moral filosofía  
(Dejando lo que allá su ley consiente),  
Afable, generoso, noble, humano,  
No siendo riguroso ni tirano.»

D. J. T. Medina, en la *Historia de la Inquisición en Chile*, ha dado á luz documentos del proceso. En la Biblioteca Nacional existen manuscritas dos relaciones del combate: una, P. 33, pág. 203, titulada *Relación de cómo se derrotó en el mar del Sur al pirata inglés Richarte Aquines, año 1594*; otra, *Victoria naval peruntina que consiguió contra los inglesés en el golfo de la Gorgona D. Beltrán de Castro*, M. 7.—En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CLV, fol. 44: *Alegación por Ricardo Aquines, inglés, pidiendo la libertad, en el pleito que tenia con el fiscal de S. M.* Impresa en dos hojas.



Así mostró gratitud al escribir la relación de su viaje, aunque sin referir los pormenores de la prisión, por no alcanzarle la vida al término de la obra <sup>1</sup>.

Antes, con mucho, que llegaran á Europa noticias de aquellas lejanas tierras, en el verano de 1594, enviando el Conde de Cumberland el acostumbrado crucero á las Azores, dió con la nao portuguesa de la India, *Cinco Chagas*, y la combatió con tres de las suyas, dejándola que se quemara y perecieran los tripulantes, colérico el jefe por la bizarra defensa que hicieron, matándole al almirante William Anthony, al vicealmirante Jorge Cave, con 90 hombres más y 150 heridos. A los pocos portugueses que, nadando, pedían misericordia, echaban los britanos al fondo, sin recoger más que á 13, por tomarles las cadenas de oro que se habían puesto al cuello visiblemente. Mandaba la nao Francisco de Melo, que hizo proezas, lo mismo que D. Rodrigo de Córdoba, español, á quien llevó una bala las dos piernas <sup>2</sup>.

Acometieron después al galeón *San Felipe*, intimándole la rendición; y contestó su comandante, D. Luis Coutiño, que no era hombre dispuesto á entregarse sin probar primero las armas, como podrían saber por su navío *Revenge*, el de Grenville. Probándolas, maltrató á los arrogantes de manera que tuvieron que retirarse <sup>3</sup>.

Amargado con los desengaños, acudió en persona el año siguiente, 1595, sin hallar otra cosa que tempestades en la Naturaleza y á sus capitanes disgustados. William Monson se le separó con objeto de corsear por su cuenta; Laugton, el que había bloqueado á Santo Domingo en 1593, se adelantó hacia el Oeste, encontrando á la almiranta española separada de la flota por su mal, pues recibió en el ataque escarmiento <sup>4</sup>. Desastre sobre desastre, iban preparando á los marinos ingle-

<sup>1</sup> *The Observations of Sir R. Hawkins Kinght, in his voiage into the South Sea*, 1593, London, 1692.

<sup>2</sup> Costa Quintella: *Annaes da marinha portuguesa*.—Barrow, refiriendo el combate (*Memoirs of naval worthies*), reconoce que en esta ocasión no son los comentarios favorables á la humanidad inglesa.

<sup>3</sup> El mismo Barrow y Costa Quintella.

<sup>4</sup> Barrow, obra citada.



ses para sufrir el más doloroso, antes del cual acariciaron esperanzas de resarcirse abundantemente.

En origen se las inspiró D. Antonio de Berrio y Oruña <sup>1</sup>, soldado viejo curtido en las guerras de Italia, Africa, Alemania y Flandes, que, por estar casado con la sobrina del Adelantado, conquistador de Nueva Granada, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, se vió, sin pensarlo, heredero de sus bienes. Pasó á las Indias, con este motivo, en 1580; organizó á su costa una expedición desdichadísima, vagando diez y siete meses por pantanos, entre los ríos Orinoco y Marañón; hizo una segunda que duró dos años, consumiendo su caudal, mas no sus bríos: antes bien acometió la tercera, empeñándose; reconoció los grandes afluentes del Orinoco, pobló en la isla Trinidad, fundando la ciudad de San José de Oruña con otra nombrada Santo Tomé, en Guayana, y echando á volar la fama del Dorado, un tanto olvidada después de las desventuras de Orellana, escribió relaciones, solicitó licencias, puso andantes en corte y ganchos en Andalucía, abriendo el apetito de riquezas con las muestras del oro exhibidas <sup>2</sup>.

En Inglaterra excitaron el de Walter Raleigh, de suyo excelente, animándole al envío del capitán Jacob Whiddon en un navío, con el fin de procurar informaciones que distaban mucho de las que corrían entre el vulgo, pero que no le convencieron, alucinado como estaba con las fábulas del Rey de Manoa. Justamente se encontraba por entonces en situación crítica, habiendo perdido el favor de la Reina: nada como una aventura de mar extraordinaria, donde se habían estrellado, uno en pos de otro, los capitanes españoles tentándolas, contribuiría á elevarle sobre sus rivales y á reconquistar las deferencias de la soberana y de la mujer desdeñosa. Pensó guardara el sino para su persona el en-

<sup>1</sup> Berrio, casa ilustre, cuyo solar está en el Señorío de Vizcaya. Tratan de ella: Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*; Fernández de Mendoza, *Libro de blasones*; Téllez de Meneses, *Lucero de nobleza*; Morales, *Historia de Córdoba*; Salazar y Castro, *Catálogo genealógico de los Condes de Fernán-Núñez*; Ocáriz, *Genealogías del nuevo reino de Granada*.

<sup>2</sup> Tres relaciones y cartas manuscritas comprende la *Colección Navarrete*, t. xiii, números 25, 28 y 29 del año 1593.





cuentro del indio rebozado con los polvos de oro deslumbradores del deseo, sintiendo la fascinación del pajarillo que revolotea alrededor de la serpiente.

Del puerto de Plymouth salió en Febrero de 1595 con cinco navíos y otras tantas pinazas, llegando á la isla de la Trinidad á principios de Abril. Antonio de Berrio, el gobernador, avisado de la presencia de los bajeles en el puerto de España, envió á su sobrino Rodrigo de la Hoz con ocho soldados desde San José, y acudiendo á las playas un batel con bandera blanca, le rogaron pasara á la capitana á tratar sobre provisión de refrescos, que pagarían, presentándose como contrabandistas de los que hacían negocios. A los soldados, que se negaron á embarcar, obsequiaron con comida en tierra, lo mismo que á otros ocho que Berrio, impaciente, destacó después, y estando descuidados los mataron á todos, entrando en tierra 120 ingleses. Desde Puerto España cayeron al cuarto del alba sobre San José, que dista tres leguas, donde Berrio tenía 25 castellanos; huyeron 17 de ellos con un fraile y alguñas mujeres al bosque, defendiéndose hasta morir el resto, con lo que el pueblo, el gobernador y el capitán Antonio Jorge quedaron en poder de los asaltantes el breve tiempo necesitado para registrar las barracas é incendiarlas. Trasladándose á la punta del Gallo, cortaron madera para un fortín, en que pusieron tres piezas como preparación á la entrada por el Orinoco con las embarcaciones menores. Para ello amenazaron de muerte á Berrio, preguntándole los secretos de la tierra y obligándole á servir de guía sin consideración á su ancianidad <sup>1</sup>.

Dentro del río atraía Raleigh á los jefes caribes, presentándose como servidor de una reina virgen, que contaba más súbditos que allí había hojas en los árboles, y que, odiando á los castellanos por su tiranía y opresión, había ya libertado de sus manos á los habitantes del Norte del mundo, y le enviaba para libertarlos también y defenderlos <sup>2</sup>. Los indios, á cambio de caricias y regalos, justa recompensa á los trabajos

<sup>1</sup> Contaba entonces más de setenta años.

<sup>2</sup> Fraser Tytler: *Life of sir Walter Raleigh*.



de remontada, le mostraron una mina, de la que mandó arrancar piedra, aurífera al parecer, en cantidad suficiente para cargar los bateles. Con esto y haber hecho tratados de amistad con los caciques referidos, conviniendo en que les dejaría dos ingleses <sup>1</sup> para aprender la lengua é irían con él dos muchachos guayanos, regresó á la isla de la Trinidad muy fatigado, subidas más de cien leguas hasta oír el rumor de los raudales, reconocido un afluente que nombraron *Red Cross*, una montaña de cristal y muchas otras cosas peregrinas.

Sir Walter se dirigió seguidamente á la isla Margarita, reconociéndola por dos puntos en que estaba la gente apercebida; pasó, por tanto, de largo, hasta Cabo la Vela, donde le hicieron tres prisioneros; torció á Cumaná y le mataron siete hombres; en todas partes había noticia de próxima llegada de ingleses y los esperaban armados. Allí puso en tierra á Antonio de Berrio, pensando acabar la expedición, como lo hiciera, á no encontrar en un mulato de nombre Villalpando guía inesperada.

Hallábase en el puerto de Guaicamacuto, media legua á barlovento del de la Guaira, donde sin ninguna dificultad desembarcó, abandonado el pueblo por los indios que lo habitaban. Sabido el caso en Santiago de Caracas, salió toda la gente de armas, atrincherándose en posición fuerte del camino de la

<sup>1</sup> Antonio de Herrera refiere la expedición en su *Historia del Mundo*, con noticia de que uno de los ingleses dejados en Guayana fué entregado por los indios y traído á las cárceles de Madrid; del otro dijeron los indígenas había sido comido por los tigres; pero se sospechó que hubiera servido en algún festín de los de la tierra, con cuyo motivo recordó el P. Torrubia el pensamiento de Góngora, diciendo quedó

«Donde la crueldad y el vicio  
del bárbaro caibano,  
sacrificó el cuerpo humano  
y se comió el sacrificio.»

Saint John, biógrafo de Walter Raleigh, escribió á propósito de la jornada del Orinoco: «La narración de lo que hizo y sufrió entristece, por no faltarle más que el éxito. Esto emprendía Raleigh, agrega, mientras, á ejemplo de la Reina, la más cínica inmoralidad distinguía á los de su corte; eran los hombres amarrados á la picota, cortándoles las orejas ó metiéndolos en sacos; los nobles se acuchillaban en las calles; los sacerdotes pendían de la horca, y los católicos eran cazados por los celosos protestantes con la buena intención de heredarlos.»



marina, donde seguramente hubiera castigado al invasor; mas éste, bien porque amenazara á Villalpando, ó porque el mulato por maldad lo hiciera (que ambas especies corren), condujo á Raleigh con 500 soldados por una vereda oculta, ó por mejor decir, trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba al valle. Halló, pues, á la ciudad desocupada; sólo un anciano, Alonso Andrea de Ledesma, porque no se olvide su memoria, montó á caballo y se dejó matar alanceando al enemigo.

Sir Walter envió parlamento á los vecinos, pidiendo rescate de los edificios, á que los propietarios se sentían inclinados; no lo consintió el gobernador Garci González de Silva, y los ingleses pusieron fuego á todos, retirándose á los navíos sin ganancia, pero no sin dejar colgado de un árbol á Villalpando para ejemplar de iscaríotes <sup>1</sup>.

El caudillo de la expedición, á fuer de historiador y poeta, escribió á su regreso en Inglaterra un libro de hazañas y maravillas que hizo mucho ruido en el mundo <sup>2</sup>; en España mismo andaba la gente espantada con la lectura, por no haber sabido antes las cosas estupendas no vistas por ninguno de los exploradores, empezando por Ordax y Sedeño, avivándose con ello los agentes de Berrio, de forma que se aprestó en Sanlúcar otra expedición de 400 familias, y con el maese de campo Domingo de Vera fueron á perecer por hambre, enfermedades y flechas de caribes, al mismo tiempo que el fundador de Santo Tomé de Guayana <sup>3</sup>.

Poca cosa merece contarse de Annías Preston, que anduvo

<sup>1</sup> Herrera: *Historia del Mundo*.—Oviedo y Baños, en su *Historia de la conquista y población de Venezuela*, t. II, lib. VII, cap. X, atribuye á Drake la acometida de Raleigh á Santiago de Caracas, y hay quien asegura que tampoco fué él, sino el capitán Annías Preston, que se le había separado, el que realizó la sorpresa. Véase *Histoire de l'isle de La Trinidad*, par M. Pierre-Gustave-Louis Borde. París, 1876.

<sup>2</sup> Alcanzando la honra de ser comentado por Falstaff en *The Merry Wives of Windsor*.—En opinión de Hume, *History of England*, la relación del viaje al Orinoco está plagada de groseros embustes.

<sup>3</sup> Fray José Torrubia: *Crónica citada*.—Fray Antonio Caulin: *Historia de la nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del río Orinoco*, año 1779.—*Colección Navarrete*, t. XII, año 1596.



el mismo año 1595 por las costas del Brasil, y de Anthony Shirly, destacado en la de Jamaica <sup>1</sup>, sin distraer la atención reconcentrada en el gran armamento, en la expedición real puesta por Isabel á cargo de los capitanes más populares de la Gran Bretaña, Drake y Hawkins, por su razón de Estado, para buscar en las costas y flotas de las Indias con qué guerrear á costa de D. Felipe.

Esta vez no iba *el Draque* (él mismo lo hizo saber á su gente) «como ladrón de noche, sino como general de día, con desembarcación pomposa, al que habían de ofrecerse rendidos los españoles, reconociéndole por señor, y pidiendo merced de las vidas, que tal decoro se debía guardar á la armada de su Reina y señora, y en las casas de la Audiencia había de levantar un trono y hacer actos de soberanía, poner sus armas y su efigie por eterno blasón y padrón á los venideros» <sup>2</sup>. Esta vez gobernaba naves y soldados tan superiores á los de la flota con que saqueó á Santo Domingo y á Cartagena, que ni pueblos, ni barcos, ni nada podría resistir á su voluntad. ¡Soberbia presunción humana, desde Jerges acá tantas veces desengañada!

Era el 6 de Octubre cuando se avistaron desde la ciudad de las Palmas, en Gran Canaria, 28 naves en marcado ademán de hostilidad. Quince se situaron frente al castillo de Santa Catalina; las restantes batieron al fuerte de Santa Ana, protegiendo unas y otras el desembarco de gente, iniciado con 47 lanchas grandes. A impedirlo acudieron con el gobernador Alonso de Alvarado los hombres de armas, sin excepción del Obispo y clerecía. Manejaban seis piezas pequeñas de campo, con que maltrataron á cuatro de las embarcaciones, y ante su actitud ordenó la retirada Drake, no siendo su propósito el de reñir allí batalla sin tener ganancia que la justificara. Se corrió á la rada de Arganequin á rellenar la aguada, y halló-también resistencia inesperada, por la que no insistió, continuando el viaje <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Payne: *The naval history of Great Britain*.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba: *Felipe II*, t. IV, pág. 152.

<sup>3</sup> Carta de Próspero Casola al Rey, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.º, núm. 163.



Lo más importante de la acción, celebrada como victoria que libraba á las islas de la calamidad amenazadora, fué la ocasión que ofreció para enviar aviso anticipado á las Antillas, y de éstas á toda la Tierra Firme, de la proximidad de flota enemiga rechazada; aviso doblemente útil á la prevención y á la moral de los pueblos indianos, sobre todo al de San Juan de Puerto Rico, custodio en el momento de un tesoro llamativo.

Habiendo salido de la Habana, á principios de Marzo, las flotas de Nueva España y de Tierra Firme juntas, desembocado el canal de Bahama, tuvieron que aguantar temporal, durante el que perdió el timón y los árboles la nao capitana de Sancho Pardo, quedando sola por haber ocurrido de noche la avería; sin advertirla los demás navíos. Imposibilitada para continuar el viaje, tratando el General de asegurar, no tan sólo la vida á los 300 hombres de la tripulación, sino la carga de tres millones de pesos perteneciente por mitad al Rey y á particulares, preparando alguna vela, con cables por la popa para gobernar, llegó con dificultad á Puerto Rico y puso la plata en la fortaleza antes de proceder á la carena del bajel. Dió cuenta de la ocurrencia á España <sup>1</sup>; y como el Gobierno tuviera noticia de los armamentos que en Inglaterra se hacían, despachó con urgencia cinco fragatas ligeras al mando de D. Pedro Tello de Guzmán, ordenándole embarcase en ellas al general Sancho Pardo y al tesoro, y sin pérdida de día diera la vuelta.

El jefe de las fragatas recaló sobre la isla de Guadalupe, y descubriendo hasta nueve velas en crucero, las dió caza, consiguiendo apresar una con 25 tripulantes ingleses, por los que averiguó hallarse la armada suya en puerto de la isla. Drake tenía noticia de la arribada de Sancho Pardo á Puerto Rico; y considerando la suma de los tres millones aliciente que valiera la pena, había decidido el ataque del puerto, y

—Viera y Clavijo: *Historia de Canarias*.—Lope de Vega: *Dragontea*.—Parécenme exageradas las bajas que suponen en la armada inglesa. No excedieron de treinta muertos.

<sup>1</sup> Carta fecha 22 de Mayo, *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 98.





para ello estaba armando las lanchas grandes, conducidas en piezas á bordo de sus navíos. Con la nueva forzó de vela Tello de Guzmán, llegando á comunicarla el 13 de Noviembre. en la seguridad que daban las instrucciones tomadas al capitán inglés.

Deliberaron las autoridades lo que más conviniera determinar, que fué por unánime opinión la defensa, ya que, á los 700 hombres que figuraban en el alarde de la población, sumaba la casualidad 800 de la capitana de Tierra Firme, y las cinco fragatas, la artillería de todos estos buques, y la experiencia de sus generales y capitanes.

El coronel Pedro Juárez, gobernador, utilizó estos elementos, estableciendo baterías en la boca del puerto y lugares culminantes; los marinos echaron á fondo en el canal la referida capitana y otra nave mercantil, á fin de que no pudiera forzarlo la escuadra enemiga de golpe; situaron á las fragatas, en línea, detrás, destacaron compañías en las caletas y playas accesibles al desembarco, y esperaron confiados la acometida, recibiendo segundo aviso por un barco que había visto á las velas enemigas en las cercanías de la isla de San Martín.

Miércoles 22 del mes aparecieron 23 naves grandes en grupo, precedidas de una carabela y 40 lanchas, de las que algunas se arrimaron al puerto con bandera blanca. Disparando contra ellas desde el Morrillo y el Boquerón, se alejaron hechos sus reconocimientos; la armada, por consecuencia, se dirigió á la caleta del Cabrón, donde dejó caer las anclas, sin saber hubiera allí montada una batería, que la obligó á ponerse otra vez á la vela y á mantenerse de una y otra vuelta.

Varias relaciones españolas aseguran que una de las balas de cañón dió muerte á Hawkins; las de los ingleses sostienen haber ocurrido el fallecimiento por enfermedad natural, sin negar que la armada perdiera con él uno de los jefes de prestigio.

Como quiera que fuese, empleada la noche por las lanchas en sondar y reconocer, el día 23, á las ocho de la mañana, fondearon los navíos al socaire de un islote próximo al puerto, siéndoles el tiempo favorable con bonanza, y desde allí



continuaron registrando las calas y playas donde se pudiera desembarcar, distraendo á los defensores y haciéndoles marchar de uno á otro de los sitios amagados. A las diez de la noche entraron por el puerto 25 lanchas, metiéndose bajo la plataforma del Morro para no ser ofendidas de la artillería, y acometieron á las fragatas aplicando artificios de fuego, de que iban provistas. En tres de ellas se extinguió el incendio sin daño; en la nombrada *Magdalena* tomó incremento avasallador; y como las llamas iluminaron el espacio, se dirigió la puntería de cañones y mosquetes á las embarcaciones, durando una hora la refriega, antes que se retiraran con pérdida de nueve ó diez de las lanchas, echadas á fondo, y unos 400 hombres en ellas. En las fragatas hubo 40 muertos ó quemados, y varios heridos, portándose con bizarría todos.

El 24 volvió á darse á la vela la armada, bordejeando para ponerse á barlovento del puerto, maniobra que dió á sospechar quisiera forzarlo, por lo que se acabaron de cerrar los pasos del canal, echando á pique otras dos naos, y se levantaron más trincheras, trabajando el vecindario sin descanso. Las fragatas se retiraron al fondo del puerto después de anochecer para que no vieran los enemigos el cambio de surgidero; pero no repitieron el ataque. Aguardaron al ancla el día 25; pasaron éste en amagos, y desaparecieron por la noche, yendo hacia San Germán, á la otra banda de la isla, donde desembarcaron para tomar ganado, agua y leña. Drake puso en libertad á cinco prisioneros que tenía, enviando con ellos atenta carta dirigida al Gobernador, pidiendo tuviera igual consideración con los ingleses.

Algunos días más estuvieron con recelo en la ciudad, por si la Armada volvía, hasta que, despachando un pataje, se adquirió certeza de haberse alejado con rumbo al Sur. Entonces aderezaron las fragatas, y con ellas, embarcados los tres millones de pesos, vino á España en salvamento Sancho Pardo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sancho Pardo Osorio escribió á D. Juan de Idiáquez, en 1590, rogándole intercediera con el Rey para que le fuera concedido el hábito de Santiago; alegaba haber servido treinta y siete años sin recibir ninguna merced; que dos hermanos que tuvo murieron sirviendo honradamente, y de tres hijos, uno servía en Italia y dos



Drake se dirigió desde Puerto Rico á la costa firme, y dió fondo en Río del Hacha, pueblo abierto, dedicado á la pesquería de perlas. Los vecinos le abandonaron, acogiéndose al monte con el gobernador Francisco Manso de Contreras, persona de mucho entendimiento, que, no pudiendo resistir la entrada, propuso conferencias para tratar del rescate del pueblo, con objeto de entretener á los invasores y dar tiempo á que llegaran los avisos enviados por la costa. Prolongó con habilidad los tratos quince días, siendo objeto el más ó el menos que habían de pagar por las casas, y pasadó el término manifestó á Drake que los propietarios no querían desprenderse de sus perlas, con lo cual, despechado el inglés, quemó las casas y rancherías, y lo mismo en Santa Marta, llevándose las canoas y negros que pudo.

Continuó navegando hasta el puerto de Cartagena, que hizo reconocer sin acercarse, informado de las defensas prevenidas por el gobernador D. Pedro de Acuña, más imponentes que las de Puerto Rico, y llegó á vista de Nombre de Dios el 6 de Enero de 1586. Era este puerto el objetivo real de la expedición; lo conocía desde la mocedad por inteligencias con los negros cimarrones, cuando interceptó la recua del tesoro Real, y siempre abrigó la idea de saltar en aquel lugar desguarnecido, apoderarse de Panamá, y señoreado del istmo, dominar en ambos mares del Norte y del Sur, cerrando el camino á los ingresos de Felipe II.

Viéndole llegar, se retiró la gente como en los ataques anteriores, no habiendo en el lugar manera de hacer frente al enemigo, replegándose hacia la venta de la Quebrada, camino de Panamá, donde estaba acordada la resistencia por decisión de D. Alonso de Sotomayor, capitán general que había sido de Chile, enviado desde el Perú por el Marqués

con él en la Armada, el mayor de los cuales cayó prisionero en Inglaterra con don Pedro de Valdés, y lo estuvo más de cinco años. Sancho Pardo mandó la escuadra de transportes, que fué en pos de la llamada Invencible, el año 1588. Condujo á la primera expedición de Bretaña, en 1590, y rigió después flotas de Indias. En las inmediateciones de la isla de Cuba descubrió un escollo que conserva su nombre. Fué gobernador de la Habana en 1572.



de Cañete, con seis piezas de artillería, pólvora y arcabuces. A su lado estaba el ingeniero Antonelli <sup>1</sup>, al cual encomendó la fortificación del río Chagre, con reducto y trincheras en la vuelta de Tornabellaco. Lo natural parecía que entraran los ingleses por aquella vía, estando, como estaban, provistos de lanchas y barcas chatas, según los avisos recibidos; sin embargo, para el caso en que eligieran el camino más penoso de tierra, hicieron en la loma de Capirilla un fortín de madera, con foso, encomendando la guarda al capitán Juan Enriquez, con 70 arcabuceros.

Por las dos rutas calculadas proyectaba atacar el almirante inglés, enviando por la de tierra á la infantería real, con su coronel, y guiando en persona las lanchas por el Chagre. Aquél avanzó primero guiado por un mulato del país, donde la semilla de la traición fué siempre fructífera; llegó sin tropiezo hasta el fortín por atajos del arcabuco, y habiendo pasado la noche al raso, al amanecer el día 8 asaltó con furia á la estacada. Como los nuestros estaban á cubierto, y no desperdiciaban tiro, les causaron muchas bajas, resistiendo el empuje hasta mediodía, hora en que unos y otros estaban fatigados.

Con aviso del ataque llegado á las ventas de Chagre, donde Sotomayor se hallaba, marchó de refuerzo á la ligera el capitán Hernando de Liermo Agüero con 50 soldados, y se aproximó sonando trompetas y clarines, que hicieron creer á los ingleses viniera sobre ellos cuerpo numeroso, decidiéndolos á retirarse á Nombre de Dios con apresuramiento, que pagaron caro por irlos siguiendo negros, que se cebaban en los rezagados para despojarlos. Posible es que haya alguna exageración en las relaciones, como de ordinario; acusan destroz de más de 500 ingleses entre muertos y heridos en los asaltos, y despeñados en la retirada. Lo cierto de todo punto es que, estando embarcada la tropa de Drake en las lanchas, al recibir noticia del suceso, la hizo desembarcar y acudir al

<sup>1</sup> Bautista Antonelli. Fué en la expedición de Flores de Valdés encargado de la construcción de los fuertes del Magallanes, y pasó después á Indias. Tiene extenso artículo en la Biblioteca marítima de Navarrete, t. 1, pág. 222.



socorro de la primera columna, amparándola hasta volver juntas á la playa, y que en aquel punto desistió de la subida por el río, al menos en apariencia, incendiando las casas de Nombre de Dios, en señal de despedida, al hacerse á la mar el 15 de Enero.

En todo el restó del mes no se supo nada de su paradero, y se mantuvieron los puestos militares recelando fuera el alejamiento estudiado con intención de volver de improviso; después, por prisioneros tomados de las lanchas, pudo averiguarse que estaban las naves en el Escudo de Veragua, apenado el caudillo y mohina su gente. Los vecinos de Santiago del Príncipe le mataron en el río Fator 37 hombres en el acto de proveerse de agua; los de las estancias y caseríos alanceaban á cuantos descendían á tierra en busca de ganado ó refresco, perdido el temor de un enemigo derrotado, idea que, con la de las censuras de la Reina y del pueblo, que le pondrían la culpa sin memoria de los sucesos pasados, afectó el ánimo de Drake, produciéndole fiebre maligna, de que vino á morir, recibiendo sepultura en la mar, donde se decía haber nacido.

Primero en honrar sus merecimientos fué D. Alonso de Sotomayor, el custodio del itismo, proclamándole «uno de los señalados hombres que ha habido en el mundo de su profesión; cortés y discreto con los vencidos, afable con los adversarios, virtudes que no pueden dejar de ser loadas, aunque sea en los enemigos <sup>1</sup>»; dando á conocer por las frases, tanto como por las disposiciones de pelea contra sus ataques, la razón del Conde de la Granja al escribir :

«Era Sotomayor un gran soldado».

Á Drake pertenecen, sin género de duda, la iniciativa, el ejemplo, el espíritu con que empezó á formarse y se desarrolló rápidamente la marina inglesa. Excelente marinero, de penetrante reflexión, osado cual ninguno, fundó la carrera de

<sup>1</sup> El Ldo. Francisco Caro de Torres, *Relación de los servicios de Sotomayor*. Madrid, 1620. El autor, testigo de vista, vino á Madrid á dar cuenta al Rey.





Sir Francis Drake.





sus empresas venturosas en el conocimiento adquirido del abandono y descuido integrantes en el carácter español, así como de los puntos vulnerables que necesariamente había de tener un Imperio tan vasto. Siempre se valió de la sorpresa más que de la fuerza, y así se le vió dar la vuelta al mundo con un navío mediano y menos de cien hombres; henchir la bodega de oro, incendiar bajeles, saquear poblaciones, sin disparar un arcabuz. Viósele embarcar en Santo Domingo, en Cartagena, en la Florida, doscientos cañones, en prueba de tenerlos por adorno aquellas ciudades, gobernadas en paz y tranquilidad por licenciados y bachilleres. En el ataque de Cádiz, la más atrevida de todas sus acciones, alcanzó el lauro la penetración con que adquirió seguridades de no hallar resistencia donde la opinión universal sólo veía el nombre y reputación del rey D. Felipe. Eran todas ellas empresas de corsario inteligentísimo y de salteador afortunado; mas desde el punto en que la declaración de guerra puso en guardia á los pueblos y á las naves, se eclipsaron las buenas condiciones de marino, apareciendo la flaqueza de las de soldado. Tímido é irresoluto anduvo en el Canal de la Mancha y en los bancos de Flandes, sin atreverse á poner el costado de su capitana frente al de los galeones, tan desacertadamente regidos por el Duque de Medina-Sidonia; débil, dejándose llevar de la tentación de sitiar plaza de tan corta importancia como la Coruña; equivoco de proceder no forzando la barra de Lisboa, defendida de pocas galeras, y consintiendo que éstas le cañonearan en la retirada, tanto como arrogante y presuntuoso en las cartas con que pretendía disimular sus fracasos. Cabeza de la flota poderosa de 28 naves y 4.000 hombres, en Canarias, en Puerto Rico, en las Cruces, pocos defensores, resguardados en trincheras de momento, le detuvieron y escarmentaron, haciendo evidente por qué pasó de largo por la Habana y Cartagena sabiendo que le esperaban. Empleó fuerza de tanto empeño en quemar pueblos abiertos con casas de madera, como eran los de Río del Hacha, Santa Marta y Madre de Dios; y, por último, se dejó abatir, porque no le entregaran su riqueza los templos y las audiencias,



como lo hicieron sobrecogidos en tiempo de paz. Pirata, ó corsario, si se prefiere la palabra con la significación que en su época tenía, eminente fué; almirante y general, no es de aquéllos que envanezcan á Inglaterra.

Acaso mayor fama se le adjudicó en España que en el propio país <sup>1</sup>.

Hubo en la armada contradicciones y disputas antes de reconocer por jefe al hermano del difunto, Juan Drake, que se entró en Portobelo con objeto de carenar los navíos y reorganizar la gente, desanimada con la pérdida de los dos generales, 15 capitanes y 22 oficiales. Las naves redujo á 18, quemando ó destruyendo las peores, á fin de hacer sin tanto cuidado el viaje de vuelta á las islas Británicas.

Durante el desarrollo de los sucesos referidos, así que en España se tuvo noticia del ataque de Gran Canaria y marcha hacia las Indias, se aprestaron ocho galeones con 13 naves, y hacia allá navegaron con 3.000 hombres de mar y guerra, guiados por D. Bernardino de Avellaneda, capitán general <sup>2</sup>, llevando por almirante á Juan Gutiérrez de Garibay y al bravo Joanes de Villaviciosa por capitán de bandera. Esta escuadra recaló á Cartagena muy quebrantada por un temporal; la capitana había quedado de resultas abierta como canasta; mas como tuvo noticia circunstanciada de ocurrencias, no quiso el General detenerse una hora, sino caminar, funcionando las bombas, hacia la isla de Cuba, que podría estar en peligro. Llegando el 11 de Marzo á vista de la isla de Pinos, descubrió á los navíos ingleses haciendo aguada, y los siguió sin consideración del número, arbolando banderas y

<sup>1</sup> Es mucho lo que se ha escrito de Drake en esta nación enemiga, como expuesto queda en el tomo II.

<sup>2</sup> Don Bernardino Delgadillo de Avellaneda, caballero de Calatrava, señor de Castrillo y Valverde, natural de Sevilla, se halló en 1563 en el socorro de Orán; asistió á la jornada del Peñón, con su tío D. Sancho de Leyva, como capitán de la galera patróna; sirvió en las de Nápoles con el cargo de teniente general; recibió dos heridas en la guerra de los moriscos de Granada, quedando estropeado en el asalto del fuerte de Galera. Pasó cuatralvo á Portugal; tuvo el mando de las galeazas; concurrió á la primera expedición de Bretaña, y fué designado capitán general de la armada de la guarda de Indias, con instrucción para defenderlas del ataque de los ingleses.



disparando cañonazos de reto; mas los derrotados en Panamá no se mostraron dispuestos á aceptarlo; antes bien, abandonando las lanchas que llevaban á remolque, arrojando al agua impedimentos y mojando sin cesar las velas, huyeron, tratando de montar el cabo de San Antonio; y acabados de carenar, con los fondos limpios como iban, ganaron á los otros. Solamente la almiranta de Garibay se metió entre ellos intentando detenerlos, y sufrió los disparos de todos, contestando á los suyos. Uno de los navíos grandes, rezagado, con 300 hombres, y un patache con 25, quedaron en poder de los españoles, á costa de uno de los suyos, volado en la escaramuza, y de 80 muertos ó heridos. La caza continuó hasta el canal de Bahama, abandonándola allí Avellaneda para entrar en la Habana; y por sarcasmo de la suerte, á poco de entrar en los puertos de Inglaterra ocho de los 28 navíos que salieron, lo hacia en Sanlúcar la flota española, conduciendo 20 millones, una de las mayores remesas que de Indias vinieron.



